

Se trata de las palabras...

Por Cecilia Ansaldo

Revista *Tiempo libre*, abril de 1989

Sí, se trata de las palabras, pero de aquellas que compendian el referente más amplio al que se puede aspirar: la vida misma. Se trata de la palabra literaria, aquella que materializa todos los mundos posibles, principalmente el que más necesitamos, el de nuestros sueños. Por estos caminos anda Raúl Vallejo hace ya muchos años. Conocido como periodista, actualmente como Director de la Campaña de Alfabetización, Raúl Vallejo es, antes que nada, un escritor, y un escritor que no ha perdido el tiempo desde sus “soñados” comienzos de adolescente iconoclasta. Su gradual, medido e inteligente crecimiento, lo revelan al llegar a la treintena de edad, como un hombre fiel a su primigenia vocación y como un trabajador disciplinado de la literatura.

Este *Solo de palabras*, que alude a música y a delimitación de territorio artístico al mismo tiempo (aunque su libro anterior también se rozó con la música al titularse *Máscaras para un concierto*), es una colección de cinco cuentos. Es que en esta ocasión el autor ensaya la estructura del cuento largo, ese que hace titubear a los críticos en la selva de las identidades literarias ¿cuento largo o novela corta? Historias complejas, con más de dos personajes relativamente caracterizados, que se amplían en secuencias menores. Historias con final inacabado y que enfrentan al lector al desconcierto, a la interrogación sobre puntos cruciales de la existencia humana. Quien conoce a Raúl Vallejo puede identificar en estos cuentos algunas de sus preocupaciones básicas: la problemática conyugal, la formación y práctica del catolicismo, la solidaridad con los sectores marginados...

Coincido con Abdón Ubidia en saludar a “Los borradores de Adriana Piel” como la mejor obra del conjunto. Cuento experimental, diferente, al permitirle a los personajes un diálogo por encima de sus propias historias, un relato a dos voces sobre el encuentro amoroso del hombre y la mujer y el esfuerzo desde el principio derrotado, de constituir una pareja en términos equitativos y honestos. El esfuerzo marca una lucha desigual si se apoya en un contexto social que no permite la igualdad: así les ocurre a Camilo y a Adriana; se adentran en sus roles, se engañan, se desaman. Pero hay mucho puesto para preocupaciones literarias en este cuento: paréntesis aclaradores de parte del narrador; una conciencia de que cada personaje —como cada lector— tiene una versión propia de los hechos; un admitir que la vida puede vivirse como mero pretexto para escribir. Concluyo reconociéndole al relato madurez humana y literaria.

Las otras historias son menores que la primera: “Con una pequeña ayuda de mis amigos” está demasiado ligada a un hecho de la vida real para apreciar su capacidad de ficción y su intención de captar matices del acontecimiento —un secuestro de un industrial de parte de un grupo subversivo— desde diferentes narradores, hace su estructura un poco confusa. Sin embargo, la elección del monólogo permite la profundización psicológica, la búsqueda de explicaciones de los hechos y consigue un auténtico distanciamiento del lenguaje oficial, ese que informa sobre los acontecimientos a costa de mentir y disfrazar. Gran mérito en un escritor que ha practicado por largos años el periodismo y que ha tenido que bifurcar su ejercicio

idiomático por caminos distintos de la comunicación.

“Apocalípticos del parque” responde a una inquietud generacional de los escritores de Guayaquil: el rescatar para la literatura a los seres que emergen del lumpen, de todo tipo de marginalidad. Ya Velasco Mackenzie, Jorge Martillo, Edwin Ulloa han explorado con acierto esos signos humanos de la aguda problemática social de nuestros días. Vallejo se une a ellos con este hermoso cuento que es un cuadro fiel y desgarrado de lo que ocurre un domingo por la tarde en el parque del Centenario; pero no se queda en la mera estampa sino que ingresa a la psiquis del mendigo ciego, de su sobrina prostituta, del predicador que anuncia el fin del mundo, y todos juntos, como auténticos seres humanos, viven sus respectivos Apocalipsis.

“Beatriz huele a café” es la clásica ficción de libertad y autenticidad que viven los artistas: querer romper con las ataduras del hogar la vida monógama y doméstica, el trabajo regular, las rutinas forzadas, encarnadas en un pintor desadaptado y neurótico. Mal título que sigue centrando en la mujer —casi siempre en la última de la vida de un hombre — toda ambición de libertad.

“Una experiencia de santidad” es el cuento más ambicioso y trabajado del escritor. Con epígrafe de Eco, lo que hace es subrayar las proximidades de esta historia con la magna novela *El hombre de la rosa*: una casa de retiros, un grupo de adolescentes que pasan su “retiro espiritual” en medio de bromas y desafíos, unos sacerdotes en ejercicio de la sabiduría y el poder, un narrador que busca la luz y las justificaciones para su elección. El valor del cuento se centra en el manejo del lenguaje —un nivel erudito, caudaloso, con sabor de antigüedad— y la creación de tantos personajes, comprimidos en un cuento, al fin y al cabo, por muy largo que sea. A veces demasiado obvio —la escena de sodomía—, otras, convincente —el orientar al apostolado social la opción del nuevo sacerdote—, el cuento pone el dedo en una llaga casi intocada en nuestro medio: la participación de la Iglesia y concretamente de la orden jesuítica en los problemas de América Latina, y las consecuencias de la formación que dan a los jóvenes que se educan en sus colegios.

El repaso por estos temas muestra, repito, el rumbo, el territorio literario de Raúl Vallejo. Se que sigue escribiendo, que lo hará siempre pese a los deberes y compromisos que se eche encima. Este *Solo de palabras* es peldaño significativo de esa escalera que estuvo siempre claramente definida: un trabajo de escritor, una obra múltiple.